

Prólogo

Cuando me animé a escribir el texto que usted tiene ahora en sus manos, yo contaba con veinticinco años de edad, y solamente quería plasmar en un papel aquella experiencia que viví siendo un adolescente de quince años, sin pensar que fuera a convertirse en un libro que inspirara a otros para acercarse a ese personaje místico que solamente creemos que existe en las fábulas infantiles y en los dogmas religiosos. Sin embargo, con el paso de los años, el texto se fue convirtiendo en una herramienta que llegó a muchas personas, algunas de las cuales, me contactaron porque querían conocer más de aquella experiencia.

Cuando se hizo la primera edición, ésta fue recibida con beneplácito por el público, muchos de los cuales se identificaron de inmediato con mi experiencia, manifestándome que les había ocurrido algo similar en algún momento de su vida, lo que me llenó de gran alegría, ya que podía hablar sin temor a ser juzgado por aquellas personas que piensan que eso hace parte de un cuadro psicológico o delirio, pues si a otros les había ocurrido algo similar, era una prueba que ese tipo de experiencia podía ocurrir en cualquier lugar del planeta y a cualquier persona.

Siempre fui un escéptico que nunca creyó en religiones con sus ritos y en las cosas que tuvieran que ver con lo espiritual; para mí siempre estuvo claro que todas las religiones que han sido creadas con la idea preconcebida de masificar, son meramente emocionales, y como tal, tienden a crear un fenómeno catártico en el individuo, el cual, por su naturaleza, siempre suele emocionarse con todo lo que sea místico, espiritual, o mágico. De tal manera, que el tema de los ángeles para mí era algo romántico y mágico, carente de realidad absoluta, pues nadie había comprobado con hechos científicos la existencia de estos seres, -y tal vez nunca lo harán- y aunque muchas personas habían escrito sobre ellos, sus relatos siempre estaban bañados por un halo de magia surrealista, permitiendo que le restara seriedad a estos relatos.

Sin embargo, después de vivir aquella experiencia, y de aprovechar la oportunidad de viajar a Europa en el año de 1.989, donde el encuentro con personas en particular generó sincronismos que años más tarde serían pieza clave para comprender de fondo todo lo que estaba ocurriendo. Me di a la tarea de investigar sobre el tema, encontrando que muchas personas, -más de las que imaginaba- habían tenido una experiencia de este tipo, incluso, las personas con las que hablé, manifestaban mantener una comunicación constante con este guía espiritual. Lo más sorprendente para mi comprensión occidental, es que estos personajes también han existido dentro de los hindúes con el nombre de Devas, Mahatmas; Bodisatvas para

los budistas; Maestros de la Logia Blanca para los esoteristas, dioses para los griegos, egipcios, sumerios, etc. Era cuestión de ampliar mi comprensión y entendimiento de las cosas, no sesgándome solamente a los conceptos religiosos, sino ver las cosas con la mirada acuciosa del investigador desde la barrera, no permitiendo que mi percepción religiosa se interpusiera, pues a pesar de haber nacido en una familia tradicional Cristiana, yo no era un practicante fervoroso de esta religión, y al contrario, siempre vi con alguna desconfianza los dogmas católicos, lo que me daba una ventaja para poder investigar.

Por otra parte, muchas de las personas que investigué en mis viajes y correrías, sufrían de trastornos de la personalidad, delirios, cuadros patológicos que hacían pensar que el tema místico, solamente estaba reservado para esta clase de individuos. También encontré argumentos de personas muy serias o intelectuales que llevaban vidas normales, pero que, al narrar sus experiencias, manifestaban los hechos sin darse el tiempo para ir más allá de la razón lógica, es decir, que todo quedaba en el baúl de los recuerdos.

UNA EXPERIENCIA MÍSTICA CON MI MAHATMA, es una bonita narración que no pretende adoctrinar o crear movimientos, ni es un tratado filosófico que quiera cambiar los esquemas religiosos que el lector tenga, solamente es una aventura que le ocurrió a un adolescente que puede ser cualquier persona de este planeta. Si usted decide creer esta historia, se hará responsable de lo que pasará por su mente de hoy en adelante, pues en mi caso, cambió por completo los esquemas prefabricados que tenía, incluso los religiosos, morales, culturales, políticos y hasta familiares. Hoy en día veo la vida de una manera más práctica y menos enredada por los conceptos sociales, o por cualquier otra cosa que pretenda ponerle rejas a mi existencia.

Por otra parte, la humanidad siempre ha creído que todo lo tiene solucionado, porque mandan naves al espacio, porque descubrieron el mapa del genoma humano, pero en realidad, somos una especie nueva e infantil que adolece de muchas cosas que aun la mente humana no podrá comprender, somos una especie arrogante, y eso no nos permite acercar más a la realidad de nuestra existencia, a esa otra realidad que permanece en lo que ahora llamo los Mundos Supremos. En un futuro, quizá nuestros científicos, aquellos que aún no han nacido, descubran la forma de comprobar la existencia de estos mundos, mundos Divinos o Devachán que llaman los hindúes, entonces estas teorías dejarán de ser cuentos románticos y fantásticos para convertirse en la realidad del hombre. Para ello, el ser humano necesita indubitablemente hacer unos cambios radicales y conscientes, que incluyen el desprendimiento de la *Personalidad* prefabricada por los esquemas que la sociedad, a la que llamo *Ordinaria*, establece en la cultura; la familia; la religión, que solamente propone

dogmas mojigatos llenos de hipocresía y consumismo, y que venden ese esquema por medio de los mejores maestros que tienen, la televisión, el cine y los medios de comunicación, que solo incitan a vivir la “vida loca”, sin un propósito claro de vida; sociedad en la que ahora se vive, en la que nacieron, crecieron y murieron todos nuestros ancestros desde que llegaron los españoles a América, una sociedad fundada sobre los cimientos de la mentira, la ira, el odio, el rencor, la vanidad, la arrogancia y toda esa cantidad de manchas que hacen parte de los seres humanos y que se constituyen en el fundamento de la sociedad moderna.

Por su parte, la *Sociedad Extraordinaria* está formada por aquellas personas que abandonan por completo esa personalidad creada desde el seno de los hogares y sus religiones; es la portadora de una nueva conciencia, una conciencia en comunión con la naturaleza, con las especies que en ella viven, una conciencia que permite que las leyes naturales fluyan sin torpedear sus procesos, es una conciencia que entiende que el hombre no es un ser religioso sino espiritual. Es una sociedad que deja que el río de la vida fluya sin represarlo con dogmas y costumbres, con tradiciones o culturas que castran la creatividad y la productividad del espíritu, es una sociedad que vive en constante común unión con las cosas de lo Divino, sin tener que adorar a dioses antropomórficos, extracósmicos y personalizados por los mismos hombres en sus libros sagrados.

Esta experiencia mística vivida cuando tenía quince años, me abrió la visión de mi existencia y me permitió vivir una vida llena paz interior, armonía y comunión espiritual, permitiendo que escogiera el camino adecuado. Hoy en día, vivo en un paraíso terrenal y espiritual, rodeado de los que me aman de verdad y experimentando a cada momento la presencia divina, siendo consciente que ellos, los guías espirituales, los Devas, Ángeles, Mahatmas o Bodisatvas, estarán allí para ayudarme en los momentos difíciles que se presenten.

Por otra parte, en este momento de mi vida, cuando ya han transcurrido treinta y tres años desde que escribí la primera edición, y después de recibir formación en una Orden Sincretista de Terapeutas, he decidido ampliar la información que me fuera dada por mi Maestro en aquel momento, desde una óptica más holística, que sin duda toca a todos los seres humanos sin distinción de raza, credo o nacionalidad.

Solo me resta decir en este prólogo, que la presencia de estos seres en nuestras vidas no es un simple cuento de hadas o una creación romántica e infantil, sino una realidad; están allí, sólo hay que creer, tener conciencia espiritual despierta, y una mente abierta y dispuesta para lograr esa conexión con lo divino.

Capítulo I

EL COMIENZO

Eran las tres de la madrugada, las gotas de lluvia golpeaban violentamente el cristal de la ventana de aquella lúgubre habitación de residencia estudiantil, y afuera, los ruidos de automóviles esporádicos, voces que se pierden en la espesura de la noche, eran la constante de aquella madrugada en la gran urbe. Mi mente divagaba sin conciliar el sueño y cuanto pensamiento se antojaba de cruzar por ella lo hacía, permitiendo que uno tras otro surcaran mis recuerdos. Traté de buscar reposo en el libro *La insoportable levedad del ser*, de Milán Kundera, pero de repente, el libro reposaba en mi pecho y en mi mente vagaba el recuerdo de Karenin, aquel hermoso personaje de la novela de Kundera. Fue entonces cuando la nostalgia por mi pueblo, mi gente y mis costumbres, y especialmente las palabras amorosas de mi incomparable madre, empezaron a invadir hasta lo más hondo de mi ser, sentimiento que se manifestó con dos lágrimas furtivas que asomaron a mis ojos, y entonces apareció él, el que ahora llena mi espíritu y mi ser con su agradable compañía y su incomparable elocuencia. Su imagen apareció ante mí cual genio de las botellas de los lejanos desiertos Arábigos. Su presencia no me sorprendió, simplemente me sobresaltó y con su voz melodiosa preguntó:

- ¿Qué es aquello que te atormenta en esta noche? En realidad, no sabía que responderle, pues no era claro lo que me atormentaba, simplemente no podía conciliar el sueño, y en ese estado, la mente se porta como una cinta de video que se reproduce una y otra vez. Había muchas preguntas sin respuesta, muchas curiosidades por saciar, muchas inconformidades que daban vueltas y vueltas en mi cabeza, y muchas ilusiones por realizar. Fue justo en aquel momento, que, sentado al pie de mi cama, como sacado del cuento de Las Mil y una Noches, y con su voz, suavizó mi nostalgia, animándome a escribir esta narración, que es su historia, la historia de mi *Maestro*.

ASÍ EMPEZO

Cuando yo tenía quince años de edad, me contaba dentro del grupo de humanos que sólo ven hacia fuera, es decir, ver más allá de la nariz; sin pretender que ahora vea más que cualquier mortal, pues cuanto más miro hacia dentro, más comprendo la pequeñez de ser un humano, de tener una mente dividida por la conciencia y la subconciencia, de tener las limitaciones de las leyes físicas y de estar atrapado en este cuerpo de tres dimensiones. Lo cierto es que por aquel entonces yo me contaba entre los adolescentes que aspiran ser pilotos, astronautas, doctores, abogados, ingenieros o tal vez estrellas del cine, de la música o de la farándula, que parecía era lo mío. Pero a lo que no podía escapar un adolescente en aquel pueblo, distante catorce horas de la capital, era a pertenecer al grupo de los Boy Scouts.

Este movimiento juvenil fundado a principios del siglo XX en Inglaterra por el general Sir Robert Smith Stephenson Baden Powell of Ginwell, más conocido en el argot escultista como BP, era el único atractivo de aquel pueblo tropical protegido por los dioses con una temperatura de veintidós grados centígrados; era algo así como un delicioso helado de vainilla en mitad del desierto.

Para los jóvenes de aquel pueblo y aquella época —1970—, no habían muchas opciones de escoger una actividad diferente a la de ir de lunes a viernes a la escuela, entre 8:00 a.m. y 11:00 a.m. y la segunda jornada en horas de la tarde; y el resto del tiempo, escoger entre el grupo Scout o ir a los billares del pueblo donde se apostaba una botella de licor, cerveza y cigarrillos, que se consumían hasta agotar las existencias del negocio; resultado de lo cual era la embriaguez aletargante que terminaba con una pelea callejera donde el más fuerte sacaba una navaja o cualquier arma blanca y le asestaba certero golpe a su compañero de riña, terminando en un funeral o en el hospital local. En realidad, nunca entendí la razón de tanta agresividad y violencia en aquella región; por más que observaba para buscar una respuesta, mi curiosidad nunca quedaba saciada. Ahora

deduzco que eso también hace parte de la involución del hombre, o quizá de la ignorancia, o tal vez se debe a la falta de conocimiento de la verdadera razón de la existencia humana, de entender que a este mundo se viene a aprender y a vivir en armonía con el entorno. Puede ser quizá, que también sea parte de la herencia que nos quedó del proceso de transculturación por el que pasamos con la llegada de los españoles; pero fueron necesarios muchos años para comprender aquel enigma de, por qué dos adolescentes aletargados por el licor, terminaban con sus vidas en una riña callejera.

En aquella época también fui de los jóvenes que se cuestionaban sobre: ¿Quién soy?, ¿Para dónde voy?, ¿Qué pasa después de la muerte?, ¿Por qué la muerte?, ¿Quién es Dios? Y toda esa serie de preguntas que ponen en jaque a los profesores de religión y de filosofía, los cuales terminan dando respuestas evasivas como: Dios es el todo y la nada, la omnipresencia, la omnipotencia, la omnisapiencia; en fin, toda esa serie de palabras que ni ellos mismos entienden, pues las repiten porque las oyeron de su profesor y éste del suyo, y así sucesivamente sin saber quién se inventó semejantes palabras, que lo único que **hacen** es engrosar la amplia lexicología del hombre, pues Dios no es una cosa para definir en una sola palabra y mucho menos para *teorizar*, *Dios es algo para experimentar*. *Recuerdo que al cuestionar a mi profesor de religión -un exsacerdote-, sobre algún tema, y ante la presión de no conocer todas las respuestas que satisfagan al adolescente, éste me dijo: no preguntes esas cosas, porque te puedes condenar. Afortunadamente para aquel entonces, yo ya no tragaba entero, porque de lo contrario, quien esto escribe, ya estaría condenado.*

Sobre la definición de lo que era Dios, creo que el tema yo lo tenía claro: Dios era algo para vivirlo, para sentirlo en la naturaleza, en el viento, en los atardeceres, etc., por eso no me preocupaba mucho en saber quién era Dios. Eso se lo dejaba a los curas, las mojas, rabinos y demás, yo solamente sabía que era el hijo del peluquero del pueblo, un autodidacta de la fotografía, un albañil por naturaleza, que nos enseñó lo más valioso que una universidad no puede dar, un principio filosófico de vida: *“el hombre se hace con trabajo y disciplina”*, recuerdo que dijo en su momento. También tenía claro que era hijo de una mujer consagrada al hogar, dedicada a criar a sus once hijos y a enseñarles el único lenguaje que aprendió de sus padres: *“El lenguaje del amor”*. Con esto me bastaba para saber quién era yo. No me importaba si Dios era una creación del hombre para no sentirse solo, si fue una herencia teológica heredada de los judíos o los sumerios, si es un sistema de manipulación de las castas; o si Jesús el Cristo era un mito copiado de otro mito llamado Dionisio; Si la virgen María concibió a su hijo con un señor que se llamaba Espíritu Santo o con un Dios como el mito de Hércules; o si los Judíos eran los responsables de su muerte; si Judas Iscariote en realidad fue el traidor o el discípulo amado. Estos temas se los dejaba a los que estaban interesados en enseñar o manipular esa información. Yo me limitaba a hacer lo que deseaba un adolescente común y corriente con mis

proyectos de ser un artista muy famoso, con mansiones, carros y muchas mujeres; como lo mostraban las películas que llegaban al viejo cine de Don Luis Antonio, después de haberse estrenado dos años atrás en el país del norte.

Pero mientras esa realidad se materializaba, yo aceptaba los momentos como llegaban. Viajaba cada fin de semana a la finca de los abuelos maternos —distante media hora del pueblo por un camino de herradura—, y en el transcurso del viaje meditaba sobre cómo llegaría a la capital para comenzar la carrera ascendente hacia el estrellato. Una opción era que antes de terminar la escolaridad trabajaría muy duro en el taller de mecánica de Don Tomás, donde me pagarían algunos pesos por lavar tornillos y herramientas durante las vacaciones. Otra opción, era trabajar en el campo recolectando las cosechas de cebolla, fuente de ingresos económicos de aquel pueblo agrícola; pero al consultar esta opción terminaba descartándola pronto, pues no era muy hábil en las labores del campo, a pesar de venir de familia de extracción campesina. Estas meditaciones eran interrumpidas esporádicamente por algún campesino de la región que muy amablemente me saludaba cual viejos amigos. Esa actitud tan ambivalente con la de los jóvenes del pueblo, me cuestionaba a cada momento: ¿por qué esa amabilidad de la gente del campo, la cual contrastaba con la del pueblo? Muy pronto encontraría la respuesta.

Mi abuelo gozaba de gran simpatía en aquella región, pues a pesar de tener fallas como las puede tener cualquier hombre, era un hombre de honor, de palabra y muy serio en sus asuntos, lo que inspiraba un gran respeto por parte de las personas del pueblo, era algo así como un patriarca de los que existieron en las antiguas civilizaciones. Un patriarca de los que, con su sabiduría y sapiencia, guiaban y orientaban a aquellos pueblos solucionando todos los problemas que se presentaban entre vecinos. Era una especie de consejero popular, de psicólogo silvestre, que a pesar de no haber tenido un alto grado de escolaridad, ocupó cargos importantes en el pueblo como Alcalde, Juez Municipal, Inspector de Policía, etc., convirtiéndolo en un gran personaje.

Recuerdo que uno de aquellos días, llegó hasta la casa del abuelo un campesino que dijo tener problemas con un vecino suyo, y lo que más me impresionó, fue la forma como el campesino abordó al abuelo. Narraré lo acontecido de la manera más fiel posible de lo que vi en aquel encuentro: el campesino, que dijo llamarse Don Gregorio, aparentaba una edad entre 45 y 50 años, estaba vestido como para viajar al pueblo, es decir, con sus mejores galas, con una camisa de color azul y manga larga confeccionada en satín, un pantalón de dril en color oscuro, sus pies calzaban unas alpargatas nuevas; según la tradición, éstas se calzaban antes de llegar al portal de la casa que se iba a visitar, y de ahí su apariencia de estar siempre limpias y nuevas. Teniendo en cuenta que era un viernes por la tarde —día

y hora laborales—, deduje que el abuelo era todo un personaje que representaba mucho para aquel campesino. Tan pronto como estuvo frente al abuelo, el hombre descubrió su cabeza y con una profunda reverencia, como si estuviera frente a un representante de la monarquía, dijo:

—Mis respetos Don Santos Bayona.

Y el abuelo correspondiendo a aquel saludo, se levantó de su silla, y con profunda elocuencia respondió:

—Me honra usted con su presencia don Gregorio, tenga la bondad de tomar asiento.

El hombre conducido por el abuelo, fue a sentarse en una de las sillas que se encontraban en el amplio corredor rodeado por helechos, margaritas y girasoles sembrados por la abuela. Inmediatamente ella, la mujer de aquel hogar, salió al encuentro del visitante, al que saludaba como si se tratara de un miembro de la Corte Real Inglesa.

—Buenos días don Gregorio —decía mientras extendía su mano derecha, y el visitante se descubría nuevamente la cabeza, acompañado de una venia reverencial. Era tan extraño para un adolescente como yo, ver todas esas buenas costumbres que se han perdido en estos días, y justamente comprendí todo ese caudal de cultura que rodeaba a mis abuelos a saber que era una tradición transmitida de sus padres y a ellos de los suyos, era algo así como una tradición que se venía heredando de padres a hijos.

Después de los saludos protocolarios, la abuela se dirigió a la cocina para servir un café al huésped, mientras me hacía una discreta seña para que dejara a los caballeros solos. Comprendiendo lo que la abuela me pedía, me alejé un poco del lugar, no tanto, como para saber lo que aquel visitante que reverenciaba a mi abuelo quería de él. Después de afinar el oído detrás de la puerta, comprendí el motivo de tan cordial visita.

Don Gregorio tenía de vecino en su finca, a un fulano que día a día, corría con malicia y cierta discreción, el cercado hacia sus tierras, y él, de espíritu pacifista y conciliador, requería del consejo sabio del abuelo, para saber cuál decisión tomar antes de enfrentar al mal encarado vecino. Y era aquí donde el abuelo hacía uso de toda su sabiduría salomónica para aconsejar a aquel hombre y sin más preámbulo, con voz pausada le dijo:

—Don Gregorio, ¿qué vale más para un hombre, un pedazo de tierra o la tranquilidad del espíritu? No desespere, que en menos de lo que usted se imagine, ese señor volverá a colocar la cerca en sus linderos y hasta le pagará por la ofensa. Eso se lo aseguro yo.

Don Gregorio no supo qué responder, mientras el asombro se dibujaba en su rostro. La escena fue interrumpida por la abuela, que como una sombra se deslizó por el lugar para ofrecer a los dos hombres, un tinto bien cargado, según sus palabras. Mientras se alejaba del lugar, me miró con sus ojos color miel llenos de ternura y me guiñó uno para decirme con la mirada, “picarillo, siempre observando”. Al centrar mi oído nuevamente en la conversación de los dos caballeros, pude notar que ésta giraba en torno a la familia, los hijos, la cosecha, y algunos otros temas que para mí resultaron poco atractivos, pues mi interés era saber, por qué ese respeto casi idólatra para con el abuelo. También pude notar que el tema que traía a don Gregorio a hacer esta visita tan inusual, había sido cortado de tajo por el abuelo, como si ya conociera la solución al problema, algo que no me extrañaba, pues ya lo conocía con su carácter recio y estricto.

Tan pronto como don Gregorio hubo abandonado la casa, pude notar que el abuelo se dirigió a su cuarto, casi a la velocidad de un superhéroe, salió vestido con camisa blanca, pantalón y saco de paño oscuro, y ese sombrero de fieltro que le daba un aire gallardo de caballero inglés. Le dijo a la abuela:

—Regreso en una hora y media, por favor téngame lista la comida. Y la abuela como si se tratara del hijo amado, le dio la bendición diciendo:

—Que Dios lo bendiga y los ángeles le alumbren el camino.

Estas palabras acompañadas del gesto de hacer la señal de la cruz en su frente, marcarían para mí el principio de muchas preguntas que quizá hoy estarían sin respuestas, de no ser por esa visita de don Gregorio. Nunca supe a donde se dirigió el abuelo con tal afán, cuando el sol ya se ponía en el ocaso de aquel viernes de marzo. Cuando pregunté a la abuela por la carrera de aquel hombre que siempre conocí calmado, ella con una sonrisa dibujada en su rostro me dijo:

—Cosas de los hombres que siempre desean el bien para los demás. Por lo que deduje que aún me faltaba tiempo y experiencia para comprender esas cosas, razón por la que no debería insistir sobre aquel tema. Dos días después, supe por una visita que hiciera don Gregorio a los abuelos, que el vecino mal encarado, había regresado la cerca a su lugar inicial y había pedido perdón a Don Gregorio. Y por si algún daño le hubo causado con su actitud, le regaló una novilla que estaba preñada, lo que significaría ganancia para don Gregorio.

Estos acontecimientos y otros que pude ver durante mis frecuentes visitas a los abuelos, me hicieron comprender que ellos poseían una filosofía de vida diferente a la de cualquier persona que yo conociera hasta entonces. Una filosofía de vida basada en el servicio, la convivencia y la ayuda para el

necesitado. Pero algo que me seguía inquietando y no dejaba mi mente tranquila, eran aquellas palabras de la abuela para su hombre: “*que Dios lo bendiga y los ángeles alumbrén su camino*”. ¿Qué era eso de Dios lo bendiga? ¿Cuál era ese Dios que nos bendice? y ¿qué es bendecir? ¿Es acaso traer buena suerte? Y aquello de que los ángeles alumbrén su camino, ¿se referiría acaso a esos seres humanoides, andróginos, con alas de pájaro y de caras afeminadas que muchas veces pintó Velázquez y los renacentistas?

En fin, era tan poco lo que conocía de esos temas, que fue justamente un buen motivo para preguntar a la abuela sobre quién era Dios, y qué eran los ángeles que alumbran el camino. La cuestión era, cuándo y cómo le preguntaría, ya que me avergonzaba de pertenecer a una familia católica y no saber al respecto. Cuando por fin me decidí a preguntar sobre la cuestión, sintiendo pena y temor de no conocer el tema, ya que era algo que cualquier católico debía saber, me llene de valor, caminé pausadamente hacia la madre de mi madre, y sin tapujos, como siempre lo hice, le descargué el reguero de preguntas sobre Dios; fueron tantas que ahora no recuerdo con exactitud el discurso, solo recuerdo que ella sin hacer gesto o palabra que me hiciera abochornar, me tomó de la mano y me condujo al frente de la casa que estaba sembrado de cafetos y guamos; allí me señaló un nido de azulejos, donde se podía ver claramente a la madre que alimentaba a los polluelos. Ella me preguntó:

—¿Qué vez allí? Yo le respondí:

—Un nido de azulejos con sus hijos.

Y siguió caminando sin inmutarse mientras yo le seguía los pasos, y cuando llegamos al borde del río, desde el cual se divisaba gran parte del recorrido del mismo, me preguntó señalándolo:

—¿Qué es eso? Yo le dije:

—El río. De inmediato pasó sus manos suaves sobre mi frente y dijo: Estás sudando, ¿por qué crees que transpira tu piel? Yo le respondí:

—Porque está haciendo mucho sol. Enseguida sonrió, me acarició la cabeza y comprendiendo mi inocencia dijo: —Ya sabes todo lo que necesitas saber hasta ahora sobre Dios. Luego dio media vuelta y regreso sobre sus pasos dejándome con más preguntas que respuestas.

A partir de ahí, empezó para mí la búsqueda de respuestas sobre un mundo completamente desconocido para la mayoría de seres humanos. Busqué y cuestioné a mis padres con preguntas como: ¿Quién es Jesús? ¿Quiénes son los ángeles? ¿Qué es Dios? ¿Qué es el infierno? ¿Qué es el cielo? En fin, las respuestas casi siempre fueron las mismas, era algo así

como una cinta magnetofónica que se repite. Sobre el Cristo-Jesús, las respuestas eran: “Es el hijo de Dios que vino para salvarnos”. Entonces yo me preguntaba: ¿salvarnos de qué? Si yo siento que no estoy en peligro. Sobre los ángeles me decían: Son seres que envía Dios para cuidarnos, y entonces aparecía nuevamente la pregunta: ¿cuidarnos de qué? Acaso, ¿corremos peligro? Otras respuestas eran: Dios quiere ayudarnos y salvarnos —otra vez la bendita palabra salvar—, Dios quiere que seamos perfectos —esta me gustaba más. Y fue así cuando empecé a creer que la raza humana era una especie en vías de extinción que rayaba en la imperfección, pues todo el tiempo Dios quería salvarnos, ayudarnos, perfeccionarnos, etc. Entonces acudí a los mejores maestros que todos los seres humanos tenemos: nuestros propios padres; ya que sean malos o buenos maestros, es otra cosa.

Cuando le pregunté a mi madre, no supo responderme y me pidió que hablara con el Padre Jorge, Capellán de los *Boys Scouts*, lo cual ya había hecho, pero éste no me ofreció muchas posibilidades, pues las respuestas eran las mismas, claro está con una retórica más amplia, pues al fin y al cabo él estudió para eso. Y este hombre a quien siempre consideré mi ídolo, cuando vio que sus respuestas no satisfacían mi curiosidad, terminó por decirme que no pensara en eso porque podía condenarme por ello —otra vez la única palabra que pueden usar los sacerdotes o los pastores cuando no entienden algo: lo satanizan o lo condenan. Unos días después, ese ídolo espiritual que yo veía en el padre Jorge, se derrumbó cuando lo encontré en su oficina teniendo sexo con la secretaria de la Curia. Pareciera que los representantes de Dios en la tierra estaban más descarrilados que las personas de su congregación.

Tuve que regresar donde la abuela para ver si su sabiduría podía ampliar estas respuestas. Cuando le formulé algunas preguntas sobre el tema, me respondió:

—No te preocupes por eso mijito, porque tú eres de allá —y señaló con su dedo índice hacia las nubes—, y los de allá, encuentran respuesta con alguien de allá. Y continuó con su oficio de hacer el queso para la comida, por lo que di de hecho que la conversación sobre el tema había terminado. Nos limitamos esa tarde a darle rienda suelta a la imaginación contando historias, particularmente sobre su padre Atilano, al que llamaba papá Nano, de ascendencia española, hombre culto, y de formación Iniciática que había hecho parte de un ejército que a principios del siglo XX había llegado de la península Ibérica con alguna misión en estas tierras - algo muy extraño, pues se supone que España ya no tenía que ver con estas tierras en esa época -, pero en fin, esa no era mi preocupación, sino el tema de la existencia de Dios.

EL PRIMER PASO

Se acercaba la época de la llamada Semana Mayor o Semana Santa para el mundo católico y cristiano, y como todos los años, el grupo de los *Boys Scouts* era el llamado para hacer presencia en las actividades religiosas. El grupo se encargaba de imponer el orden y la disciplina en el templo, durante las procesiones y los desfiles. Este grupo era una especie de Soldados del Templo, como la Guardia Suiza en el Vaticano, los Templarios en las Cruzadas, o los soldados del Sanedrín Judío en tiempos de Jesús.

Los *Exploradores* ya contaban varios años de fundados en aquel pueblo, por lo tanto, inspiraban mucha confianza y respeto entre los provincianos; igualmente, el grupo tenía una división que se llamaba la “Guardia de Honor”, a la cual yo pertenecía. La llamada Guardia de Honor estaba conformada por los más antiguos del grupo, los más disciplinados, los más activos y los que cumplieran con ciertos requisitos tales como: estatura superior a 1.70m, buena contextura física, resistencia para las actividades de campo, y sobre todo, ganas de ser el mejor; en otras palabras eran la Elite de los *Boys Scouts* en aquella región, inclusive su uniforme era más atractivo que el de los demás; éste estaba formado por una boina de color rojo, pantalón y camisa militar de color azul oscuro, pañoleta roja y blanca, botas color negro, insignias que distinguían al portador como un conecedor del movimiento, de especialidad en primeros auxilios, montañismo, campismo, en fin, era toda una estampa para admirar; y ese era un buen motivo para estar en la Guardia, pues las jovencitas fijaban su atención en los muchachos que integraban esta división. La verdad, mi único interés por estar en esta Guardia de Honor, era el de conseguir novia en la temporada religiosa, pues terminados los servicios, volvía a mi estado de muchacho introvertido y centrado en lo que llegaría a ser: una estrella del cine y la televisión.

Pero la Eterna Ley teje sus redes de una forma que no está al alcance de nuestro pensamiento racional, y cuando las personas hacemos nuestros propios planes, Dios se ríe, como diciendo: ¿crees que te dejaré hacer lo que tú quieres? Tú harás lo que necesitas, no lo que quieres. Y en aquella Guardia de Honor y en esa Semana Santa, encontraría la llave que me llevaría por los caminos insondables de mi mundo interior. Encontraría la puerta que me llevaría hacia mi mundo verdadero y no fue precisamente por el camino de la religión católica o cristiana, sino por el camino del encuentro conmigo mismo.

En la finca de mis abuelos y en compañía de ellos, observando había aprendido de la naturaleza, su entorno físico y lo que necesitaba realmente para vivir en este mundo de humanos; de las manadas de patos que

ocasionalmente pasaban sobre los cielos de aquella finca emigrando hacia el sur, aprendí que se debe vivir en comunidad para poder llegar al final del camino, para poder sobrevivir y así llegar hasta el final de nuestro recorrido, es decir, a la Unidad. De las abejas trabajando en sus panales, aprendí que el trabajo y la constancia forjan el espíritu de los seres, aprendí que si quería ser alguien con un objetivo verdadero, debía trabajar con constancia y disciplina. Las comunidades de hormigas me enseñaron que la disciplina fortalece el alma y que se debe seguir siempre al líder, al guía, al maestro. De toda la observación de la Madre Naturaleza, aprendí que el hombre es la especie más depredadora de la creación, y con su arrogancia, cree tener el poder y control absoluto, cuando en realidad es un insignificante microbio en el vasto océano del macrocosmos. De la inmensidad del firmamento y toda su gama de estrellas, soles, nebulosas, cometas, asteroides, polvo cósmico y planetas que lo habitan, aprendí que nos falta camino para evolucionar y poder ser la obra perfecta que Dios quiere que seamos. Cuando un día llegué a todas estas conclusiones —que eran el resultado de permanecer horas enteras sentado mirando cómo una rosa abría sus pétalos al nuevo día, o largas noches tirado sobre el pasto mirando el firmamento, o simplemente sentado en la orilla de un riachuelo viendo como una camada de peces se zambullían en la superficie para sentir los rayos del sol—, mis padres pensaron que su hijo adolescente se estaba desequilibrando mentalmente, y sus sospechas fueron confirmadas, cuando en el colegio se hizo una encuesta entre los estudiantes para saber las carreras que estudiarían al llegar la época de la Universidad: todos respondían que serían doctores, ingenieros, abogados, arquitectos y uno que otro decía una carrera que sólo existía en su imaginación; cuando me tocó el turno de responder, dije que iba a estudiarme a mí mismo. Cuando la profesora me pidió una explicación, sólo acerté a decirle que quería saber quién era yo. En realidad, a los quince o diez y seis años de edad un adolescente en mi tiempo no tenía la menor idea de lo que era o lo que quería ser, pues todo estaba circunscrito a lo que sus padres dijese que fuera. Es más, aún hoy en día, un adolescente no tiene la más mínima idea de lo que quiere, y más aún, si es un adolescente que se ha dejado llevar por la tecnología, por la música, por las pasiones, etc.

Por otra parte, ¿qué le podía importar a una profesora que estaba a punto de retirarse con su pensión, lo que pensara uno más de su clase? A ella lo único que le importaba, era que llegara el final del mes para cobrar su salario y sufragar sus gastos. A la mayoría de ellos, no les importaba si sus estudiantes aprendían o no, la gran mayoría trabajaba sólo por el sueldo, para poder alimentarse y cubrir sus necesidades, sin tomar la docencia como lo que realmente es, un apostolado. Parte de la labor de los docentes se refleja en una sociedad mediocre, cositera e inmedatista, una sociedad limosnera y pedigüña que se levanta por la mañana a pedirle a su Dios, como si éste fuera una despensa que todo lo provee, cuando realmente

éste Dios creó al hombre, según dicen, con todas las facultades, a imagen y semejanza suya, para que fueran felices y perfectos; pero el hombre en su afán de vida se encierra en un mundo facilista, lleno de pereza, odios, rencores y un sinnúmero de manchas que lo hacen cada vez más denso.

Cuando la profesora escuchó mi respuesta, corrió donde mis padres a decirles lo único que pudo justificar en el momento: “Su hijo tiene un problema psicológico muy grave, deben llevarlo donde el psicólogo”. Por fortuna, ellos sabían qué clase de hijo tenían, porque de lo contrario quien escribe estas líneas hubiese corrido otro tipo de suerte.

Aquella Semana Santa se convertiría en una especie de puerta que me conduciría por un camino lleno de sorpresas y limpio de misterios. En aquella Semana Santa comenzaría a conocer mi destino.

Fue el viernes santo y después de haber prestado servicio en las procesiones y misas -que duraban horas interminables durante toda la semana, en esos rituales que sólo el sacerdote oficiante entendía -, que fui llamado por el jefe de la tropa para informarme que estaría en la guardia del Santo Sepulcro. Esto equivalía a ganarse el premio Pulitzer de periodismo o al Nobel de física, y ni hablar de la barra dorada que sería puesta en la solapa de mi camisa. Además, podría dar órdenes a los Pie Tiernos, nombre que reciben los que empiezan en la tropa; lo único que bajó mis ánimos fue saber que prestaría guardia entre las tres y las cuatro de la madrugada, pues a esa hora las jovencitas estarían entregadas a los brazos de Morfeo y no podría lucir mis mejores galas y utilizar la galantería.

Aquella tarde fue todo un ritual preparar el uniforme que luciría, primero en el desfile y después en la guardia. Quizá tardé más de una hora lustrando las botas, otro tanto planchando la camisa y el pantalón, y cuando por fin llegó la hora de vestir mi uniforme, gasté otro tanto mirándome al espejo y acicalándome. Las seis o siete cuadras que separaban mi casa de la sede de los *Scouts*, me parecieron que eran más cortas de lo normal, aunque esto pasara desapercibido para los ocasionales transeúntes.

Primero fue la larga misa sobre el lavatorio, luego, el sermón de las Siete Palabras, y por último, la muerte y crucifixión de Jesús, esa parte en la que uno o dos sacerdotes relatan la muerte de Jesús de una manera teatral, y en la que la mitad de las personas que atiborran el templo, roncan por el cansancio a causa del largo ritual del viernes santo que tarda una o dos horas, y después la procesión del Santo Sepulcro que se hace a marcha fúnebre y recorre todo el pueblo -ya se podrán imaginar lo largo y tedioso que esto resultaba para un joven, cuyo único interés era el de conseguir novia. En total, todo el servicio religioso fue desde las dos de la tarde hasta las diez de la noche, tiempo en que el féretro de la estatua de Jesús llega a

la Iglesia donde pernoctaría. Para entonces, el cansancio era evidente en nosotros, pero como éramos la “élite”, “los fuertes”, debíamos mostrar resistencia, aunque por dentro estuviéramos desmoronándonos; para suerte mía, podía descansar en los camarotes de la sede cuatro horas antes de hacer la guardia al sepulcro. Fue tal el cansancio acumulado, que cuando me despertaron para hacer mi guardia, creía haber descansado un minuto nada más, y en menos de cinco minutos, yo estaba parado en la parte delantera y a la derecha del sepulcro. Apenas tuve tiempo para ver la imagen de aquel Jesús mancillado y ensangrentado, como la típica imagen del nazareno que nos han vendido por miles de años, contraria a la que imaginé, ya que para mí era el orador, el diplomático, el poeta, el filósofo, el pensador, el maestro. Esa imagen de Jesús el Cristo, me deprimió durante mucho tiempo, pues es un reflejo de nuestra humanidad cristiana actual: mancillada, limosnera, degradada. Lo que hicimos de ese gran hombre, es justo lo que somos, pero lo que más llamó mi atención fue la devoción con que a esa hora de la madrugada, hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, oraban a esa imagen de Jesús. El cuadro era sorprendente y un poco patético, si se tiene en cuenta que las personas se olvidan de la realidad. Había una larga fila que daba la vuelta al templo para acercarse hasta el sepulcro y tocar con las yemas de sus dedos la imagen postrada, otros dejaban una sortija, un pendiente o una cadena para luego recogerla; daba por hecho que el objeto en mención quedaba santificado o bendito, algo así como magnetizado.

La adoración y devoción que demostraban los feligreses, era tal, que un simple adolescente perteneciente al mundo materialista, sentía esos deseos de interioridad y de hacer lo que veía, pero en mi condición de guardia de honor no podía permitirme esas expresiones de interioridad. En el supuesto caso que se me ocurriera mover la cabeza en cualquier dirección, con la única intención de relajar los músculos del cuello, implicaría una sanción por parte de los jefes que se sentaban al frente para vigilar y supervisar nuestro trabajo. Las sanciones iban desde trotar un kilómetro con todo el equipo de campaña al hombro, hasta la degradación, es decir, salir de la guardia de honor y volver a ser un patrullero y nadie que apreciara dicha posición, que era lograda con mucho trabajo y sacrificio, se iba a arriesgar.

Después de estar en la misma posición de guardia y ver todo aquel espectáculo silencioso lleno de recogimiento, empezaron a rondar por mi cabeza preguntas tales como: ¿Quién fue este hombre que murió hace dos mil años y aún hoy se le recuerda como si fuera ayer? ¿Qué tan grande es su filosofía, que empezó en aquellas tierras lejanas y llegó hasta este pueblo olvidado, que ni siquiera aparece en el mapa del país? ¿Qué hechizo mágico posee el recuerdo de este Jesús que todo un pueblo deja de trabajar una semana entera para celebrar su muerte? ¿Por qué las personas mayores con el peso de los años y la experiencia de la vida a cuestas, creen ciegamente

en lo que él dijo o dicen que dijo? Y olvidando mi trabajo y responsabilidad como Guardia de Honor, dejé caer suavemente el banderín que tenía en mi mano derecha y me dediqué a rodear el sepulcro y a observar la escultura en madera de aquel personaje. Guiado por una extraña sensación de querer saber más sobre aquel hombre y transportado por una extraña fuerza que me hizo perder la noción del tiempo y el espacio, mi mente ya no escuchaba los murmullos de los ancianos rezando las Ave Marías y Padrenuestros; ni las señas discretas acompañadas de susurros recriminatorios del jefe, que hacía esfuerzos vanos por captar mi atención. Era como si hubiera ocurrido una especie de transportación en el tiempo que me llevó directamente a la Palestina de los tiempos de Jesús, y allí, puede sentir el bullicio de las personas cuando gritaron: Crucifícale, crucifícale; podía percibir el olor al sudor, a la sangre y a la carnicería que se cometió contra este mensajero divino. En mi mente divagaban muchos pensamientos de las enseñanzas que se nos dan sobre este hombre, y de pronto aparecieron preguntas como: ¿es verdad que este hombre existió? Y si es verdad, ¿pudo existir un hombre como este, capaz de sacrificar su vida por un ideal de redención humana? Es increíble la capacidad que tiene la mente humana para abstraerse y perder la noción de tiempo y espacio, algo que después de tanto tiempo, entiendo lo que ocurre en el cerebro en un estado como ese, se le llama éxtasis. Cuando por fin el jefe logró sacarme del ensimismamiento en el que había caído, mi curiosidad ya estaba saciada. Muchas respuestas llegaron a mi mente en ese instante y darían paso a una nueva realidad. Mientras yo caminaba extasiado hacia el exterior del recinto, el jefe me bombardeaba con frases que en el momento yo no procesaba: esta insubordinación le costará el puesto —dijo en tono imperativo—, usted está degradado señor patrullero. En ese momento, sentí que ya no me importaba el tema de la guardia de honor y los Boys Scouts. A partir de entonces, sabía qué quería hacer: conocerme a mí mismo e investigar sobre este hombre, pues en mi mente había cosas que no estaban claras sobre él, cosas que me daban la ligera impresión de que el cristianismo había sido manipulado por alguien en algún punto de su historia y quería llegar al final, pero conociendo la verdad, no la que nos ha mostrado la Iglesia Católica, sino la verdad que reposa en los archivos de la lógica y la razón. Una verdad que no se encontraría en los libros sagrados oficiales ni en las bibliotecas públicas.

Eran las tres de la mañana de aquel lejano viernes de abril, viernes que el mundo cristiano llama “Viernes de Pasión”.